

NARCISO DEBE MORIR

Por

ROMINA FANÁRRAGA ROBLES

Piura me ha acogido desde hace dos meses. Francia ya no era para mí y mi padre, en un inusual momento de lucidez, concordó conmigo. Cambié blazers azules por buzos caquis. Corbatas de seda por bufandas de lana. Zapatos immaculados por deportivas arenosas. Aunque uso una nueva piel, sigo siendo humano. Dudo que mis pares franceses pudiesen reconocermé. Dudo que siquiera lo intenten. Al igual que mis nuevos compañeros, carecen de cualquier tipo de curiosidad. Son aburridos. Previsibles.

Miro a mi alrededor y lo único que veo son carpetas mugrientas, lapiceros en el suelo y chicles masticados en el techo. Un hedor delicioso pero constante me produce dolor en la cabeza. Según me contaron, hace unos años hubo un incendio en esta escuela y el olor a brea quemada sigue brotando de las paredes.

Son apenas las ocho y media y la gorda inspecciona su celular. El virolo está dormido. La coja anda en la luna como siempre. El negro galantea su paso hacia las faldas de la loba, quien, por loba, se muestra dispuesta. El drogo se realiza una indiscreta limpieza de nariz. ¿Acaso alguien atiende la trágica clase?

Al parecer, la respuesta es sí. Al otro lado del salón un muchacho sigue atentamente los disparates de la profesora. *Intérrasant*. Jamás, en todo el tiempo que llevo aquí, me había percatado de su existencia. Es un chico fácil de ignorar. Tiene unos bracitos patéticos, unos lentes que reposan en la punta de su desafortunada nariz y un inhalador azul entre sus huesudas manos. Su nombre está bordado en su triste cartuchera: Xavier Fernández.

—¿Seul? me pregunta la maestra.

—¿Qué?

—Te hice una pregunta.

—Londres, 1666 una tercera voz se une a la conversación.

—Xavier, es una grata sorpresa que participes, pero la próxima le daremos la oportunidad a Seul.

Todos me miran. Me etiquetan de tonto.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Crees que no sabía la respuesta?

—Ni sabías la pregunta, gringo.

Debería estar molesto, y lo estoy, pero me gusta este tipo de personas. Impredecibles. ¿Quién iba a pensar que este perdedor respondería de tan insolente manera? Al fin encontré un poco de diversión en esta escuela de tercera.

Son las dos y los alumnos están en la playa, gozando de la hora libre de todos los días. Por supuesto la maestra me privó de tal disfrute por no estar atento. El aroma de brea se mezcla con el del mar y me causan náuseas. Aún no me acostumbro. De pronto, la puerta del salón se abre y, poco ceremoniosamente, entra Xavier.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy castigado. ¿Y tú?



- Quería disculparme por responder por ti. Obviamente sabías la respuesta...
- Muy gracioso.
- ¿Puedo acompañarte? Tengo algo que mostrarte.
- Haz lo que quieras.

Xavier se sienta en la carpeta más cercana a la mía y se dispone a buscar algo en el bolsillo de su pantalón. Su ridícula cara se ilumina cuando parece haber encontrado lo que deseaba: un par de cartas. Dos *Joker*.

—En muchos juegos, los *Joker* son dejados de lado. Pero son cartas especiales. Cuando son utilizados, pueden ser extremadamente positivos o extremadamente negativos. Jamás cumplen un rol intermedio explica.

—*Alors?*

—Estoy aburrido. Cansado de jugar a ser un as, cuando en realidad soy un *Joker*. Y no sé por qué, pero siento que tú también apunta a la ventana que da al mar. No fuimos creados para jugar solitario. No somos como ellos, no pensamos como ellos. Somos mejores, especiales. Pero ellos aún no lo saben.

—¿Y quieres hacérselos saber?

—Sí, he tratado tantas veces, pero no puedo solo. Te necesito, Seul. Hagamos algo grande. Algo que recuerden para siempre. Ya no puedo esperar más. Veámoslos arder.

—¿Qué gano yo?
—*Divertissement*.

Han pasado cuatro horas y en tan corto tiempo Xavier ha compartido conmigo cada detalle de su obscena vida. Fue este muchacho quien causó anónimamente el grand incendio de hace años. No hubo víctimas, por lo que fue olvidado rápidamente. Lo único que tiene para recordarlo son recortes en su pared: periódicos, impresiones, artículos de revistas. Impresionante.

Su casa es como él: simple, pequeña y pulcra. Supongo que de haber polvo su asma sería un problema constante. Según él su enfermedad es estable y solo lleva consigo el inhalador por si acaso. Tiene un pequeño altarcito para poner el inhalador en la entrada de su casa, justo debajo de tres imágenes de Jesús. El lugar consta de tres ambientes: sala, comedor y habitaciones. Su 'cueva' tiene carteles de diferentes bandas y artistas de los que yo nunca había escuchado. Su cama es blanda pero sus almohadas duras, incómodas. No hay televisor, ni radio, ni cámaras en el cuarto.

—¿Dónde están tus padres?
—Probablemente donde están los tuyos.
—...
—No importan en realidad, lo único que alguna vez me han dado son genes enfermizos.

La comida en el refrigerador es barata y no es suficiente para tres personas. Vive solo. Hay grietas en casi todas las paredes de la casa y parecen empezar en el cuarto de Xavier. Le preguntaría si las hizo a propósito o si es solo la mala calidad del lugar, pero toda pregunta es respondida de manera sospechosa. No tengo problema con eso, no quiero conocerlo, no necesito conocerlo o confiar en él. Su pasado es suyo.

—Puedes quedarte aquí si quieres.
—Tengo mis cosas en el hotel. Y, sinceramente, no quiero. Tu casa huele a secretos.
—Entonces quédate un rato más. Juguemos cartas.
—¿Qué apostamos?
—Verdades.

Nunca he sido un gran jugador. Las cartas jamás han sido lo mío. Xavier ha logrado sacarme más información de la que yo a él. Le he contado de dónde vengo, de mi hermosa y sensual obsesión por Vincent van Gogh -razón por la cual que me corté la oreja derecha- y el porqué de mi visita a Perú. Él, por otro lado, develó que llegó a Piura por la misma razón: en busca de gente nueva, aventuras diferentes y aires más frescos.

—Los limeños vivimos en una burbuja de cristal. Todos los que no pertenecen a ella son extras, perdibles, carnada confiesa.
—¿Y viniste aquí para ver cómo se sentía estar tan vulnerable?
—Mírame. He sido vulnerable toda mi vida, pero siempre fue peor en Lima. Todos esos mocosos que se creen intocables e infinitos.
—Así que, ¿Piura es solo tu lugar de práctica?
—Sí. Cuando Talara haya ardido, Lima sigue. Será mi obra maestra. Pero tenemos que hacer un buen trabajo aquí.
—Todos mis trabajos son *magnifique* -sonrío.

El muchacho solo se vuelve un fastidio cuando empieza a cotorrear sobre cómo Dios fue quien me guio a su lado, que somos soldados fieles del Todopoderoso y que los santos nos alientan a castigar a los pecadores. Sin duda no esperaba todo ese contexto religioso, pero le da un poco más de sazón a su obvia locura. Lo único que yo quiero es librar al mundo de unos cuantos ignorantes y en la escuela nadie se salva.

Xavier ha malinterpretado la situación y cree que soy su nuevo mejor amigo. Se sienta a mi costado en clase, pasa sus horas libres contaminando las mías y todas las tardes me sigue hasta el hotel donde me hospedo con la esperanza de que lo invite a pasar. Se ha convertido en un perrito que cada vez me provoca más y más poner a dormir. Por suerte, aún no

pierde ese algo que lo hace resaltar, al menos momentáneamente, de los demás. Creo que tengo que mostrarle una lección.

—¿Oye, has visto mi inhalador azul?

—No.

—Lo dejé aquí ayer. Lo necesito.

—Es lo que te pasa por entrar a mi habitación sin permiso, Xavi.

—¿Lo tienes o no?

—No.

—¡No me mientas!

Pedí que no limpiaran el cuarto durante unos días. Además, el aire acondicionado está prendido al máximo. La horrible alfombra sobre la cual está parado mi colega se vuelve mi cómplice y libera miles de partículas de polvo. No le toma mucho tiempo al enfermizo muchacho notarlos. Está tosiendo y atorándose salvajemente. Lo veo caer al suelo y me alejo un poco para que no ensucie mis zapatos caros con su saliva pobre. Tiene una de sus diminutas manos en el cuello y la otra intenta agarrar la basta de mi pantalón. Sus jadeos me molestan. Me dirijo a otro cuarto donde recupero el famoso inhalador y, después de arreglarme el cabello, decido regresar.

—Mira, lo encontré. Estaba en el baño -se lo alcanzo, guardando distancia; no sé cómo reaccionará a mi pequeña broma.

—Supongo que merecía eso. Por un momento pensé que no regresarías.

—Vamos, tenemos compras que hacer.

El plan es simple. Dentro de cinco días, mientras todos estén en clase, inundaremos el pasillo de gasolina, cerraremos la puerta principal -y única salida- y admiraremos nuestra obra maestra juntos. Será fácil, no hay alarmas contra incendio, hay apenas una vía de escape y la seguridad es inexistente. Nada va a interferir, nada saldrá mal.

—¿Estás listo? -pregunto.

—Desde hace dos años. ¿Tú?

—Siempre.

—¿Nos hacemos bien, eh?

—Cállate.

Quiero hacer esto, eliminar pestes innecesarias. No los soporto. Tengo en cada mano un galón de gasolina. Deberían estar pesados pero parecen plumas. Estoy listo, pero no por eso estoy calmado. Siento cuchillos oxidados clavándose en mi garganta y navajas afiladas en el estómago. El sonido de la gasolina tocando el suelo del pasillo me excita y me provoca unas ganas monumentales de orinar. En los salones todos ignoran que se acerca el fin de su predecible existencia.

—¡Vamos! -me ordena Xavier, quien velozmente se acerca a la salida.

Echo a correr pero a medio camino me detiene un pequeño papel blanco abandonado a mitad del pasadizo: una carta. La recojo y la acerco a mi rostro. Es un Joker con una equis trazada encima. Alzo la mirada y lo sé, me ha traicionado.

—No hay lugar para ti en mi juego -Xavier recita mientras deja caer un fósforo a un charco de gasolina que llega hasta mis pies.

No hay tiempo para reaccionar, huir o pronunciar unas últimas palabras que la posteridad considere dignas de recordar. Debí saberlo. Me convirtió en lo que ambos más odiamos. Solo seré uno más de esta masacre. Él no regresará por mí. En un corredor lleno de humo...